

hasta el dos de Marzo, con el secretario de Porfirio Díaz, que era un francés del apellido de Thiele.

El general Miramon, después de su importante triunfo en Zacatecas, pensaba dejar guarnecida la plaza con parte de su fuerza; y con el resto, obrar sobre el general Escobedo, en combinación con las tropas del general Castillo, según lo primeramente acordado en Querétaro; pero el día 29 se recibió la noticia de que las fuerzas republicanas al mando de los jefes Antillon y Rincon Gallardo habían tomado la plaza de Guanajuato, en la que estaba de comandante militar el general D. Feliciano Liceaga. Esto hizo cambiar el plan concebido, y ya se pensó en volver á recobrar la plaza perdida, para lo cual se dispuso la salida de toda la fuerza, llevando todos los elementos que se habían quitado al enemigo, lo cual ocupó un convoy de 84 carros.

El día 31 de Enero salió el general Miramon de Zacatecas, sabiendo que las fuerzas de Escobedo habían tomado el camino para atacarlo; y el día 12 de Febrero al llegar á la hacienda de S. Diego, se presentó también el enemigo por el camino de S. Luis. En el acto se formó la batalla; pero como una fuerza contraria se desprendiera sobre la derecha con objeto de ocupar el pueblo inmediato de S. Francisco de los Adames, el general Miramon hizo también avanzar su fuerza sobre el camino de aquel lugar, sosteniendo la retirada los dos regimientos 2º y 8º de caballería, teniendo el mando de esa columna, el general D. Joaquín Miramon, que por haber sido herido se retiró á uno de los carruajes del convoy, quedando el mando de la columna al coronel Raudon, jefe del 2º regimiento.

Esta acción que fué de grandísimas y funestas consecuencias, ha sido calificada muy variamente; y aun fué ocasión de serios disgustos mas tarde, sin que hasta hoy se

haya dicho públicamente la causa del desastre sufrido allí por la fuerza imperial, lo cual yo puedo decir como testigo presencial, habiendo estado en el campo de batalla hasta la retirada del general en jefe, que fué el último que se retiró del campo.

Quando la fuerza imperial llegó á S. Francisco de los Adames, era perseguida y atacada muy vivamente por toda la fuerza de Escobedo, que según la reseña de operaciones del ejército del Norte escrita por D. Juan de Dios Arias, era de tres mil quinientos hombres de las tres armas. A pesar de lo difícil que era la marcha, guardando un convoy tan extenso y sosteniendo un ataque de una fuerza doble en número, el general en jefe pensó seguir la retirada hasta las lomas del Cuicillo, distante como dos leguas; aun se sostuvo el combate la mayor parte del camino con el mejor éxito: los carros habían pasado ya las tomas, y la artillería se colocaba en ellas de la manera mas conveniente; y cuando á la infantería le faltaria como un cuarto de legua para colocarse en el lugar oportuno, la fuerza enemiga que atacaba la retaguardia hizo un impulso vigoroso, á la vez que la que había venido hostilizando el flanco izquierdo de la columna, cargó también con brio, sobre solo la retaguardia, que con aquel movimiento podia quedar envuelta; y para prevenir este golpe, el jefe mandó dar el toque conveniente para que el 8º regimiento se colocara de modo de resistir el ataque de flanco; pero como aquel cuerpo aun no tenía la suficiente disciplina, interpretando mal el toque, tomó otra posición, lo cual cooperó al intento del enemigo. Con esto se arrolló la caballería, que en su precipitada carrera, desorganizó la infantería, que luego fué hecha prisionera en su mayor parte. Imposible fué al general Miramon contener ya el desorden y organizar su batalla, apesar de permanecer en el campo con solo pocas personas que lo

acompañaban, hasta tener que batirse á la arma blanca para retirarse perdiendo todo cuanto llevaba, con excepción de una parte del dinero, que se salvó en un carro ligero y que sirvió eficazmente para auxiliar á las tropas del general Castillo, sin cuyo auxilio no habrían podido efectuar su retirada hasta Querétaro teniendo en el camino un brillante triunfo.

Los amigos del general Escobedo le dieron un grande é importante mérito militar por la victoria de S. Jacinto: yo no sé si lo tendrá habiendo pasado los hechos como se dejó referido; pero lo que es indudable es, que los vencedores se mancharon en esa vez con acciones indignas del valor generoso de la victoria. Entre la infantería prisionera, estaban los ciento noventa franceses enganchados en Querétaro, y como Escobedo los consideró como desertores del ejército expedicionario, según lo hizo saber el mariscal Bazaine en una orden contra la cual protestaron despues diez oficiales franceses, los mandó fusilar, sin mas formalidad que la de dar para ello una orden á sangre fría. Pocos dias despues se hizo prisionero al general D. Joaquin Miramon, y apesar de estar herido, se fusiló en Tepetates el dia 8 de Febrero.

El dia 2 de Febrero se incorporó el general Miramon con el general Castillo en Ojuelos, emprendiendo luego la marcha para el pueblo del Vaquero y al dia siguiente á S. Felipe.

Desde que el general Miramon hizo su violenta marcha á Zacatecas, se habia situado en S. Bartolo una fuerza de 3,000 hombres al mando de los gefes Herrera y Cairo, Rocha, Aureliano Rivera y Macias, en observacion del general Castillo; y luego que tuvieron noticia de la derrota de Miramon y la retirada de Castillo, se movieron en su seguimiento, hostilizando su marcha hasta S. Felipe.

El triunfo de S. Jacinto y la retirada de la fuerza de

Ojuelos; impulsaba á los republicanos á dar un golpe que les diera otra victoria; y mas se estimularon á ello, cuando el general Escobedo mandaba su fuerza sobre la columna de Castillo, incorporándose la caballería que iba á la vanguardia, con la fuerza de Herrera y Cairo, la noche del 3 de Febrero. Alentados con esto, el dia 4 al salir la columna imperial de S. Felipe, cargaron sobre ella, batiéndola hasta la hacienda de la Quemada, donde organizados en batalla el regimiento de caballería denominado de la Emperatriz, la caballería del coronel Quiroga y el 7º de infantería á las órdenes del general D. Silverio Ramirez, con media batería, se dió una accion en que despues de una hora, sufrieron los republicanos una derrota completa, en que perdieron como dos mil hombres entre muertos y prisioneros, contándose entre los primeros el mismo gefe de la division Herrera y Cairo y el gefe de caballería Higinio Macias.

Con este triunfo y los elementos que él proporcionó de armas, caballos y equipos, continuó su marcha el general Miramon, llegando á Querétaro, el dia 8 de Febrero, recibiendo allí la noticia de que aquella plaza habia sido atacada el dia 5 por los republicanos Carbajal, Cuellar y Ugalde; pero puesto al frente de la guarnicion de la plaza el general Mejía, para lo cual ese dia se levantó de la cama en que lo tenia postrado su enfermedad, fué derrotada la fuerza asaltante, perdiendo dos piezas, mucho armamento y bastantes prisioneros.

Al llegar á Querétaro el general Miramon, fué instado vivamente por algunas personas para que desconociera al Emperador y puesto á la cabeza del ejército y del partido-conservador, se declarara el gefe supremo de la nacion. Puede ser que algunas personas desconfiaran de la sinceridad del Emperador en su cambio de política, en vista de lo que pasó en todo el gobierno del Imperio, y de bue-

na fé aconsejarán eso á Miramon; otros tal vez secundaban las miras de los liberales, para introducir así la división en las personas que trataban de contener el derrumbamiento del trono; pero cualquiera que fuera el punto de partida de aquellas sugerencias, el hecho es, que el general Miramon las desechó con una lealtad honrosa. El había visto en Europa á la Emperatriz; y sin recordar la conducta del gobierno Imperial de que él fué víctima, y solo la desgracia de su patria y la innoble conducta del Emperador Napoleon, le ofreció poner su espada al servicio del Imperio: lo mismo ofreció á Maximiliano en Orizaba; y refiriendo un dia esto, á los que le instaban porque desconociera el Imperio, dijo con voz enérgica: «Tengo empeñada mi palabra de pelear en defensa del Imperio, y es necesario ser caballero antes que todo.»

Pero el comisario del ejército, D. Domingo Pazos, temiendo que el joven caudillo al fin se dejara seducir por la expectativa de la primera magistratura, partió á México y dió aviso de lo que pasaba en Querétaro, á Maximiliano, quien aunque no diera crédito á una defecion de Miramon, determinó luego su marcha á Querétaro, para observar de cerca los acontecimientos y con su presencia, poner un obstáculo á cualquiera tentativa en contra del Imperio. Varias personas respetables del gobierno, luego que supieron la determinacion del Emperador, lo vieron para hacerlo desistir de ella, pero S. M. sin hacer público el temor de que se le habia dado parte, mandó al general Márquez que preparara la marcha de las fuerzas que le designó, las cuales ascendian á 1,500 hombres, y con ellas salió de México el 13 de Febrero, acompañado de los generales Márquez y Vidaurri.

En el camino tuvo dos encuentros con las fuerzas republicanas que fueron derrotadas en la hacienda de la Le-

chería y en el puerto de Calpulalpam; y llegando á S. Juan del Rio el 17 dió allí la proclama siguiente.

«Hoy me pongo al frente y tomo el mando de nuestro ejército, que apenas dos meses hace, podia principiar á reunirse y á formarse. Este dia lo deseaba yo ardientemente desde hace mucho tiempo: obstáculos ajenos de mi voluntad me detenan. Ahora, libre de todos los compromisos, puedo seguir mis sentimientos solamente. Nuestro deber nos obliga, como á ciudadanos leales, á combatir por los dos principios mas sagrados del país; por su independencia, amenazada por hombres que, en sus miras de egoismo, quieren hacer tráfico hasta del territorio nacional, y por el orden interior, que vemos turbado todos los dias del modo mas cruel, con perjuicio de nuestros conciudadanos pacíficos. Libre toda nuestra accion de toda presión extranjera, procuraremos mantener y llevar muy alta la honra de nuestra gloriosa bandera tricolor. Yo espero que los generales á sus oficiales, y estos á sus tropas, les darán el noble ejemplo de la mas estricta obediencia y la mas severa disciplina, indispensables en un ejército que debe realzar la dignidad nacional. De valor y resolucion es inútil hablar á los mexicanos: es el patrimonio de nuestro pais. Al animoso general Márquez le he nombrado gefe de mi Estado Mayor. He repartido el ejército en tres cuerpos: el primero á las órdenes del valiente general Miramon; el segundo á las de su actual gefe; y el tercero á las del intrépido general Mejía. Espero de un momento á otro la llegada del valeroso general Méndez, con sus fieles y aguerridas tropas, que se unirán al segundo cuerpo. Yo tengo á mi lado al patriota general Vidaurri, que va á organizar sus tropas lo mas pronto posible y abrir la campaña en el Norte. Tengamos confianza en Dios que protege y protegerá á Méxi-

co, y combatamos con indomable energía bajo esta sagrada invocación. ¡Viva la independencia!

El día 19 llegó el Emperador á Querétaro, saliendo á recibirlo los generales Miramón y Mejía con los demás gefes y oficiales que habia allí reunidos: las tropas formaron valla desde la entrada de la ciudad; y es indecible el júbilo y entusiasmo con que toda la población lo recibió. Apenas habia recorrido las principales calles, cuando se vió rodeado por un concurso tal de gente, que completamente lo aislaron de los generales y demás personas de su acompañamiento; y causaba ternura ver aquel cuadro, en que se destacaba la magestuosa figura del Emperador, que montado en su caballo árabe sobresalía de la multitud que lo rodeaba; unos saludándolo con la amable confianza con que un hijo lo hace con su padre: otros materialmente derramaban lágrimas de contento; y eran innumerables los victores con que se poblaba el aire. La sociedad tan combatida por tantas desgracias, veía en la persona del Soberano, el representante de los principios, del orden interior y de la independencia, que tan en peligro estaban con la administración Juarista; y esta era la causa de aquel indecible júbilo.

Llegado á su alojamiento el Emperador, se acompañó de todas las autoridades para ir á la catedral donde se cantó un *Te Deum*; y vuelto á la casa, tuvieron lugar las felicitaciones de los gefes militares y autoridades civiles, siendo una de las más notables la del general Escovar, que dijo así. «Señor: Sin la bandera de Asturias, no hubiera existido la nación de Carlos V.: sin el pendon de Iguala que ahora empuñan vuestras manos generosas, la patria de Iturbide sería hoy presa impune de nuestro vecino:—Señor: á vuestro preclaro nombre reunis ahora la noble y heroica abnegación de quedarnos entre nosotros; y vuestra inesperada presencia en el cuartel general de vues-

tro ejército, aumenta hasta el delirio, el valor y el entusiasmo de vuestros leales veteranos, que tienen que pelear y vencer á la vista de su Soberano:—Dios os bendiga, señor, y á nosotros también; y que la posteridad os proclame con justos títulos de gloria. Maximiliano el Grande.» Ya entonces se sabia en Querétaro el fusilamiento del general D. Joaquín Miramón, y S. M. dispuso se celebraran en la catedral exequias fúnebres, en su honra, el día 22 de Febrero, con lo cual se avivó el dolor del su hermano D. Miguel, y con ese motivo publicó una proclama que concluía con estos párrafos.

«La barbarie de esos hombres sin corazón, que se apellidan partidarios de la libertad, barbarie que ha lastimado mis más tiernos y naturales sentimientos, hace degenerar la contienda que sostenemos por honor de la sociedad, en una guerra sin cuartel, que orilla los males públicos á una extremidad altamente deplorable. Sea en hora buena, puesto que ellos lo han deliberado así, que se oponen á la vida de los mexicanos, que se arrojan á la muerte, que se arrojan á la muerte: hagamos á nuestros cobardes enemigos el honor de levantarlos; pero escuchad los últimos y lejános ecos de la voz del malogrado general Osollo, que proclamaba en 1858: ¡Hay de los vencidos!»

En la tarde del mismo día 22 llegó el general Méndez con las tropas de su mando; y luego se empezó á trabajar activamente en la organización de aquel ejército, y á acordarlo más conveniente para llevar la guerra á buen término.

El autor de esta obra, que desde Guanajuato habia acompañado al general Miramón, se hallaba en Querétaro; pero no se habia presentado al Emperador por no creerlo necesario; y el día último de Febrero, recibió orden de S. M. de presentarse al día siguiente á las nueve de la mañana, acompañado del señor ministro García

Aguirre. En cumplimiento de este mandato, se presentó el día primero de Marzo á la audiencia de ese día, introducido por el señor ministro; y el objeto era condecorarlo con la Cruz de Guadalupe, que le fué colocada en el pecho por el mismo Emperador Maximiliano, quien le manifestó que usaba de aquella especialísima consideración, para corresponder á los servicios prestados, segun los informes de los señores generales Miramón y Mejía.

Este hecho en sí, absolutamente nada significa, ni tiene importancia alguna histórica, ni lo refiero por vanidad.

Mi objeto es presentar esa prueba de la consideración merecida que me dispensaron el Emperador, los generales Miramón y Mejía y el señor ministro García Aguirre, con quien desde su llegada á Querétaro tuve una mesa común, hasta la noche del 14 de Mayo sirviéndome estas circunstancias, de haberme impuesto de todos los pormenores y secretos de aquel memorable sitio. Esto hace que la relación que haga de él, no esté conforme enteramente con lo que otras personas han escrito; pues algunos más que relación histórica, han escrito un desahogo de pasiones injustas; y otros, como el capitán Alberto Hans, aunque hace una relación bastante verídica, es sin embargo incompleta en algunos puntos sustanciales, por falta de los datos suficientes en ella.

Desde que el general Miramón llegó á Guanajuato, lo acompañé en toda su expedición hasta el día que la Providencia permitió que puesto en manos de sus enemigos, cerrara su vida, con la gloriosa muerte que tuvo en el Cerro de las Campanas. Desde el día que lo acompañé, fui formando un diario de todos los acontecimientos, el cual continué en Querétaro, para lo cual asistí personalmente á casi todos los hechos de armas; y lo que yo no presencié lo supe por las personas más caracterizadas quienes me habían dispensado la honra de hablarles fami-

liarmente. El mismo Emperador, sabiendo por su capellan el P. Aguirre, que me ocupaba de aquel trabajo, cuidaba de que yo tuviera todos los datos, por lo cual varias veces el Sr. García Aguirre, me saludaba en el seno de la confianza: con el título de Cronista de S. M. De las personas que han escrito sobre estos hechos el Dr. Basch y el conde Keratry, no han podido desmentir su mala voluntad hácia México: el general Ramirez Arellano, mas que la historia del sitio, ha escrito una acusacion apasionada al general Márquez: D. Juan de D. Arias, como si escribiera sin que existiera nadie de quienes presenciaron el sitio, desfigura enteramente los hechos, con notable detrimento de la verdad: el Sr. Arrangois, escribiendo lejos de su país, ha tenido que atenerse á los datos que han salido al público, muchos de ellos contradictorios; y el capitán Alberto Hans testigo presencial y que es el que ha hecho la mas verídica narracion, en algunos puntos sustanciales careció de datos y así quedó su relacion incompleta, por lo cual no estoy conforme en muchos puntos con estas obras, ateniéndome á los datos que poseo, sobre los cuales tengo la conciencia de su certidumbre.

CAPITULO ALEXANDER